

Cuenta la leyenda que Salamanca fue fundada por el propio Hércules, el cual, tuvo que allanar la superficie que ocupaba un monte para edificar la ciudad. Se nos antoja bonita la fábula y hemos decidido que fuera ella quien encabezara el artículo de introducción a este número de Narria, sencillamente porque, como fábula es inverosímil: como será inverosímil del todo la especulación en cuanto a los históricos fundadores de esta ciudad nuestra, por la razón de que es, creemos, inexistente una tesis salvable al respeto.

De lo que sí se sabe bastante más, es de la repoblación salmantina. Y al decir esto, se puede interpretar de dos formas distintas e igualmente importantes: 1.^a) refiriéndose a la repoblación de la ciudad misma y 2.^a) haciendo referencia a la variadísima repoblación provincial.

Lo cierto es, que sería sumamente importante hacer una mención específica de lo que la repoblación provincial supuso en cuanto a la mezcla de razas y, por tanto, de idiosincrasias distintas, pero sería tarea por una parte ardua y por la otra tan sumamente extensa, que resultaría insuficiente tan corto espacio para, aunque solo fuera, una somera descripción.

En cuanto a la repoblación urbana, noticia amplia se nos da en la célebre «Historia de Salamanca» escrita por el historiador salmantino M. Villar y Macías en el año 1887. Nos da cuenta de que a fines de S. XI encomendó Alfonso VI la reedificación, entre otras, de la ciudad de Salamanca al conde Ramón de Borgoña y, por tanto, de la repoblación de los territorios de sus obispados:

«Vinieron los francos o franceses, siendo su caudillo D. Giralt Bernal, progenitor de los Bernaldes de Salamanca... De las montañas de Asturias y León vinieron los llamados sarranos o serranos, nombre que aún lleva una calle del distrito que poblaron y al frente de ellos D. Fruela de León, progenitor de la ilustre familia de los Flores, primer alcaide del Alcázar, erigido en su distrito. Del antiguo condado de Castilla vinieron los castellanos con el conde D. Vela de Aragón, que se hallaba al servicio de Alfonso VI; de él proceden los Rodríguez de las Varillas. De las conquistas hechas a los moros de Portugal, que aún pertenecían a la corona de León, los bregancianos, trayendo por jefe a D. Pedro de Anaya, progenitor de la familia de este apellido; a los portugueses, con D. Godino de Coimbra, de quien descienden los Godínez, duques de Tamames y los condes de Santibáñez. Los toreses, con el conde D. Martín Fernández, hijo natural del rey D. Fernando el Grande; fueron, como indica su denominación toresanos del antiguo señorío de la infanta Doña Elvira. Los mozárabes ya existían en Salamanca y bien manifiesta su nombre que fueron los únicos cristianos que la ocuparon durante la dominación sarracena, tal vez constantemente o con muy pocas interrupciones»¹.

Respecto a la tesis de si la «nación gallega» fue también una de las repobladoras de la ciudad de Salamanca, Villar y Macías aclara:

«El fuero nunca nombra a los galicianos o gallegos, que se dice vinieron del condado de Galicia... Ha dado indudable motivo para llamar gallegos a estos repobladores que eran franceses, la equivocada inteligencia de la palabra gallici, corrupción de gallici, como se denomina en varios documentos de la Edad Media a los franceses que vinieron del Mediodía de su país a España y eran de origen galo-romano y francos a los procedentes del norte, oriundos de los antiguos francos»².

Parece prueba irrefutable de la no existencia de gallegos en la repoblación salmantina su falta de citas en la Carta Municipal, así como en el número de alcaldes y justicias que, siendo nombrados uno por nación, siempre fueron siete, perteneciendo verosimilmente a los citados anteriormente. De no ser así, y si los gallegos hubieran tomado parte en la repoblación, los alcaldes y justicias hubieran sido ocho, máxime existiendo la completa igualdad legal que verdaderamente existía entre las naciones repobladoras.

Aunque, en realidad eran siete, se unieron de hecho, los bregancianos y los portugueses, para conservar el número mágico (seis) y para ser congruentes con los llamados sexmos, por lo que parece lógico que la ciudad y su alfoz se dividirían en seis partes para conceder una a cada uno de los sexmos³. Es fácil suponer el por qué de la unión «de hecho» de estos dos grupos de repobladores: la explicación más usual sería la de que ambos grupos son procedentes de la misma nación, esto es, de la zona portuguesa.

Y con esto vamos a poner punto final a la repoblación. Baste decir que la repoblación provincial se hizo siempre (y dentro de lo que es posible) a imagen y semejanza de la repoblación urbana y, casi siempre bajo la dirección de los que, en realidad ocuparon la urbe.

En cuanto a la división de la provincia a raíz de su repoblación, nos vamos a referir sistemáticamente a los cuatro alcóves, que van a formar lo que, prácticamente sería con posterioridad la provincia de Salamanca. A saber: los de Salamanca, Ledesma, Alba y Ciudad Rodrigo.

«Parece lógico pensar que la ciudad y su alfoz se dividirían en seis partes, para conceder una a cada sexmo; pero esto tuvo lugar solamente dentro del recinto urbano, ya que la tierra del alfoz fue dividida no en sexmos sino en cuartos, aunque paradójicamente los representantes de cada uno de los cuartos llevarán la denominación de sexmeros... La reducción a cuatro del número de sexmos y su conversión en auténticos «cuartos» puede quizá explicarse por la merma que sufrió el alfoz de Salamanca a consecuencia de la repoblación de Ledesma y Ciudad Rodrigo»⁴.

Por tanto, el alfoz de Salamanca quedó definitivamente dividido en cuatro cuartos, que son: Cuarto de Peña del Rey, Valde-villoria, La Armuña y el de Baños...

El resto de la provincia, más o menos, lo formaban los alcóves de Ledesma, Alba y Ciudad Rodrigo, que quedan divididos administrativamente de forma parecida al alfoz de Salamanca, dando lugar posteriormente a la moderna división en partidos judiciales.

Decir, por último que, desde 1833, fecha de la moderna división administrativa, en la que se incluye en la provincia de Salamanca el Campo de Peñaranda y desaparecen definitivamente las tierras que a ella pertenecían de la actual provincia de Avila, el territorio provincial no ha sufrido modificación alguna.

En cuanto a la división salmantina en comarcas naturales con tradición histórica, siendo imposible extenderse al tratamiento de todas sus subcomarcas, nos centraremos en las más representativas de ellas y que luego han de arrojar en sus territorios al resto de las subcomarcas citadas. Estas son: Las Sierras, La Armuña, La Ribera, El Campo Charro y Las Tierras de Cantalapiedra y Peñaranda.

Las Sierras comprenden la parte sur de la provincia, limitando al norte por una línea sinuosa que partiendo del norte de Céspedes, recorre los términos de Los Santos, Linares de Riofrio, Herguizuela de Ciudad Rodrigo, Fuenteguinaldo, para desembocar en la frontera portuguesa entre Casillas de Flores y la Alberguería de Argañán.

Dentro de esta gran comarca, existen, como siempre una minuciosa subdivisión, con entidad propia: El Rebollar, situado en el extremo occidental; El Campo de Agadones (Sierra de Gata), entre El Rebollar y la Sierra de Francia Alta y limitado al norte por la Tierra de Ciudad Rodrigo; La Sierra de Francia Alta, que comprende la zona central de la Sierra; la Sierra de Francia Baja, atravesada por el río Alagón y con centro en Sequeros; La Sierra de Béjar, con capital en Béjar y que junto al Alto Tormes, forman la parte oriental de las Sierras.

La Armuña, situada en la zona nordeste de la provincia, es un todo de tierra fértil y llana, que limita por el N. con las provincias de Valladolid y Zamora, rozando por el oriente con las tierras de Cantalapiedra y Peñaranda, partiendo, en la margen derecha del Tormes, del mismo norte de la ciudad y ocupando hasta el límite provincial. Por el oeste limita con la Tierra de Ledesma.

La Ribera situada en la zona noroccidental de la provincia, limita en su extremo noroeste con el río Duero y está vinculada a él en todos sus recursos. Es un enclave situado, por tanto, entre tres ríos: Duero, Tormes (por el N.) y Huebra (por el S.). No tiene subcomarcas.

Las tierras de Cantalapiedra y Peñaranda, que si bien en un principio una parte de ellas estaban incluidas en la Tierra de Alba, luego fueron excluidas hasta la división de 1833. Se sitúan en la zona más oriental limitando con las provincias de Valladolid y Avila por el noroeste y por los otros flancos con La Armuña y El Campo Charro (más concretamente con la Tierra de Alba y Las Villas). Sus dos subcomarcas son, al N. La Guareña, con centro en Cantalapiedra y al S. la Tierra de Peñaranda propiamente dicha, con centro en Peñaranda de Bracamonte.

Por último, y como comarca más típica y mayoritaria de Salamanca, tenemos El Campo Charro. Tanto es así, que este tierra, o su denominación, por otra parte denominación no anterior al S. XVIII, ha dado nombre por extensión a todo lo relacionado con Salamanca y su provincia.

Esta comarca ocupa el centro de la provincia de Salamanca e incluye dentro de sí a la Tierra de Alba, El Campo de Salamanca, La Tierra de Ledesma, Salvatierra, La Tierra de Vitigudino, El Abadengo, Los Campos de Argañán y Azaba, Campo de Camaces y el Campo de Yeltes.

Mención aparte merece El Campo de Salamanca, considerado por algunos como el riñón de la charrería, comprende a su vez, y por tener identidad propia y muy arraigada entre sus habitantes a La Valmuza, subcomarca formada por el curso del río del mismo nombre, La Armuña Chica, por tener unas propiedades agrícolas muy similares a las de la Armuña propiamente dicha, La Huebra, regada por el alto río Huebra, el Alto Alagón y Las Bardas.

La principal característica de esta comarca (El Campo Charro) es su dedicación a la cría de reses bravas, hecho éste que hace que la comarca tenga una ideosincrasia diferente que, es muy visible, incluso en el primigenio traje típico, utilizándose en él prendas que no son usuales en ninguno de los otros, como puede ser la media vaca, cinturón de cuero muy ancho y que tenía como misión la protección del pecho de los vaqueros, así como el calzado, consistente en botas de caña, propias de hombres de a caballo, frente al resto del calzado provincial que usualmente está formado por alpargatas o zapatos bajos.

Con esto hemos intentado dar una somera visión de la gran cantidad de divisiones con entidad propia que componen la actual provincia de Salamanca y que más adelante, al menos en parte, se estudiarán más profundamente.



Rosalía González Rodríguez
José Luis Sánchez Matilla

1. Villar y Macías, M., «Historia de Salamanca». Librería Cervantes, Salamanca, 1973. Tomo 2, pp. 8-10.
2. Villar y Macías, M., «Op. y vol. cit.», pp. 10-11.
3. Llorente Maldonado de Guevara, A., «Las Comarcas históricas y actuales de la provincia de Salamanca» C.E.S. Salamanca 1976, p. 31. «Como es sabido, y esto parece que va a servir de modelo para el resto de los concejos provinciales, en la repoblación de Salamanca y su alfoz nos encontramos con distintos linajes, traducidos en sexmos, quizá como pervivencia de las costumbres germánicas, usuales en el derecho leonés».
4. Llorente Maldonado de Guevara, A., «op. cit.», p. 31.
5. Mapa basado, con alguna modificación en Llorente Maldonado de Guevara, «op. cit.», Salamanca 1976.